

ECONOMIA CAPITALISTA

No solamente sobran hombres, materias primas, máquinas, sino también dinero

Decíamos en números anteriores, que en la economía capitalista sobran hombres, que mueren lentamente en la tragedia muda de la desocupación; sobran máquinas, que se oxidan inactivas cuando tan necesaria sería para la humanidad su funcionamiento incansable; sobran materias primas, que se destruyen intencionadamente para sostener una absurda política de precios o no se cultivan o se cultivan de acuerdo a un plan de restricciones.

Y decíamos eso, porque a nosotros, en un régimen de socialización de riqueza, no nos hace falta más que eso: hombres, máquinas, materias primas, para hacer de este infuible valle de lágrimas el eden soñado por todas las religiones y todos los grandes reformadores sociales.

Y como sobra todo eso, como sobran hombres, materias primas y máquinas en medio de un mundo que sucumbe en la miseria de las grandes masas industriales y campesinas, hacen falta más guardias, más agentes de investigaciones, más soldados, más jueces, más leyes de represión, más verdugos, porque cada día son más numerosas las condenas a muerte, más cárceles, porque ya no hay espacio en las existentes para los contingentes cotidianos de nuevos reclusos.

También sobra el dinero

Pero aún hay más: esta crisis monstruosa, en esta terrible multiplicación de la abundancia, sobra también el dinero. Los mismos capitalistas suelen estar descontentos, porque no saben en qué emplear sus capitales, que se encuentran inactivos en los Bancos a un interés mísero, o en papeles del Estado. En España hay mucho dinero, como hay muchos desocupados, y precisamente por eso. A excepción de algunos grandes monopolios, el pequeño capital sobre todo no tiene empleo y vegeta a disgusto en las cajas fuertes o en obligaciones de Estado. Ahora bien, un dinero estancado es un dinero que se suicida, que pierde su significación y que acaba por ser lo que es realmente: papel impreso o simple metal, sin ninguna de esas virtudes milagrosas que lo han convertido tanto siglo en la suprema divinidad.

Un rotativo de Madrid nos hace esta descripción:

«Demasiado, dinero parado. Ese es el comentario que se produce al considerar dos cifras que estos días pueden compararse. La correspondiente a las cuentas corrientes del Banco de España y la que refleja el conjunto de las cuentas acreedoras de los balances de la Banca privada, que van marcando una cifra

de records. Mil trescientos trece millones por un lado. Cerca de los 7.000 en la Banca. Y no contamos el dinero que todavía debe haber atesorado. Entretanto, se habla de crisis, de paro, de escasez de iniciativas, España se encuentra con el problema que es general en todos los países: mucho dinero disponible, pero escasas actividades. La mala situación económica, la carencia de perspectivas que animen a la inversión, esconden el dinero en sus puntos de refugio. Y como hemos dicho tantas veces, se rompe la ecuación del ritmo de la inversión con el ritmo de la acumulación. El fruto es el paro forzoso, consecuencia a la vez de la paralización de las actividades y de las iniciativas.»

¿Se puede volver a vitalizar el capitalismo?

Está todo ahí: hombres, materias primas, máquinas, dinero, necesidades inmensas que satisfacer, territorios incultivos, industrias sin desarrollo, un millar de ingenieros españoles sin ocupación. No obstante, el capitalismo no da en el clavo o en la clave; cada día es mayor su incapacidad; es un sistema que ha vivido y que ahora muere de vejez. Es la hora del proletariado, que entraña una reforma fundamental en la estructura económica. El capitalismo ha producido para los mercados y ha sabido acondicionar el aparato de producción en una forma asombrosa de rendimiento; eso es su mérito; pero se ha olvidado que no todo está en saber producir; hay también que saber distribuir y consumir los productos. Y en esa tarea el capitalismo ha fallado, porque para llevarla a buen fin, sería preciso que dejase de ser capitalismo, es decir, economía de especulación, de beneficios, de rentabilidad pecuniaria.

¿Pero qué hace el proletariado? ¿Cuál es la tónica de su voluntad, de su disposición para hacerse cargo de la herencia que le corresponde legítimamente? En casi todo el mundo, espera resignadamente la solución de los Señales de la política estatal. Confía en Roosevelt o en Stalin, espera que el maná caiga del cielo por algún milagro; en todas partes o en casi todas los trabajadores pecan por exceso de desconfianza en la propia fuerza y en la propia capacidad.

Y esa situación la aprovecha el Estado para intervenir con sus remedios. El capitalismo privado, de la libre concurrencia, tal como se desarrolló en el siglo XIX, va cediendo, donde no ha cedido ya, al gran capitalismo trustificado, man-

comunado, nacional e internacionalmente; y como tampoco así vuelve a adquirir vitalidad, surge por sí misma la otra solución: el capitalismo de Estado, un retorno al faraonismo egipcio o a los viejos imperios incaicos del Perú.

Capitalismo de Estado o Revolución social

Si los trabajadores no logran ponerse de acuerdo para dar una solución propia a la crisis, mejor dicho, a la quiebra del capitalismo privado, o economía dependiente de los mercados y no de las necesidades de la población, forzoso será resignarse a las experiencias que nos esperan con el capitalismo de Estado, abiertamente, como en Rusia o más o menos simuladamente como en Italia y en Alemania.

El capitalismo privado, sostenedor de la libre iniciativa, tenía necesidad de la personalidad individual; su advenimiento fue por eso un progreso frente al absolutismo de los señores feudales, de la nobleza parasitaria y anacrónica. Las llamadas libertades civiles fueron introducidas y mantenidas muchos años gracias al triunfo de la burguesía. Pero fracasada ésta, al no saber o no poder dar circulación a su masa de productos sin mercado rentable, o se avanza a la solución social de la quiebra o hay que volver a una forma de esclavitud que nos figuráramos superada para siempre. El moderno capitalismo de Estado se pone en lugar de los señores feudales de horea y cuchillo que supo vencer la burguesía a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII.

Y ya no es ninguna profecía lo que hacemos; o los trabajadores logran entenderse para tomar en sus manos la riqueza social que han producido al servicio del capitalismo, o volveremos a un sistema de esclavitud como el que está imperando ya en tantos países. El capitalismo de Estado o la dirección estatal de la economía, con supresión absoluta de toda independencia individual, de toda iniciativa libre, de toda oposición, serán la consecuencia lógica de nuestra incapacidad proletaria y revolucionaria. Lo que está fuera de duda es que el capitalismo privado no resurgirá más. ¿Es un progreso su sustitución por la sumisión total de la vida económica a la soberanía del Estado? Lo dudamos.

Pero es trágico vor el abismo y contemplar cómo avanza ciegamente hacia él la humanidad, pudiendo cambiar de ruta y marchar hacia la meta verdadera de sus anhelos: el bienestar y la felicidad.

¡Protestamos contra la pena de muerte!



Jerónimo Misa Almazán, el camarada de Sevilla condenado a muerte y por cuya conmutación de pena se ha interesado toda la España que trabaja y que piensa

"Tiempos Nuevos" Número-almanaque

Se ha hecho un alar de extraordinario con el número-almanaque de "Tiempos Nuevos" dándole 64 páginas de texto, repleto de ilustraciones, de colaboraciones de máximo interés, y una lámina interna a dos tintas con el retrato de Malatesta, obra de Gustavo Cochet. Queremos que esta publicación merezca la acogida que esperamos de parte de los lectores, cada vez más numerosos.

Publicaremos en el próximo número el sumario completo.

Precio del ejemplar: 0'75 céntimos. Se ruega a agentes, paquetes y suscriptores, la rápida regulación de este número, cuyo elevado coste nos ha impuesto grandes sacrificios.

Sobre el conflicto italo-etíope

El destino de los pueblos débiles

En contraste con la diplomacia anterior a 1914, ni siquiera se emplea la careta para simular las intenciones. Se hacía la guerra, con los procedimientos más refinados de la destrucción, con los métodos opresivos y represivos más bárbaros, pero se declaraba ante el mundo que se obraba así para llevar a luz salvadora de la verdadera religión, para civilizar a los salvajes, para liberar a los pueblos oprimidos. Todavía la guerra de 1914-1918 se hizo en nombre de la civilización y de la democracia...

Hoy no hacen falta tapujos; se declara cínicamente la intención, con un desenfado y una franqueza que dejan perplejos. Se hace la guerra para explotar y oprimir a los pueblos más débiles por los más fuertes, a los menos equipados militarmente por los mejor armados.

¿Se retorna a la barbarie con todos los recursos de la civilización? Se atribuye a Mussolini un artículo aparecido en el Popolo d'Italia de Roma (1.º de agosto). Se habla allí descaradamente, el lenguaje de la fuerza, de la conquista en razón de esa fuerza, rechazando las hipocresías y los emboscos que hasta hace algunos decenios se cubrían las empresas guerreras. Dice así, fijando los objetivos italianos respecto a Abisinia: «Primero: La abolición de la esclavitud no es el objetivo, pero será la consecuencia lógica de la política italiana.

Segundo: Tampoco la raza es un motivo esencial para aconsejar una acción italiana. Millares de negros están enrolados bajo las banderas Italianas. Los fascistas reconocen la existencia de las razas, sus diferencias y jerarquía, pero no tienen la pretensión de presentarse al mundo como portestandartes de la raza blanca, opuesta a las demás.

Tercero: También la civilización será una consecuencia de la política italiana, aunque no sea su objetivo.

Cuarto: La actitud italiana se justifica por dos motivos esenciales, irrefutables:

- Las necesidades vitales del pueblo italiano; y
 - La seguridad militar del África oriental...
- Con la misma claridad habla Virginio Gayda en el «Giornale d'Italia», interpretando la política exterior fascista:

«La Sociedad de las Naciones quiere evitar la guerra y la guerra ha sido hasta ahora el único medio de restablecer el equilibrio entre los pueblos cuya potencia decrece o aumenta. Sólo un nuevo reparto de posesiones coloniales, podría evitar el recurso de la guerra. Pero Inglaterra, que dispone de una cuarta parte del globo, y los demás grandes Estados, están dispuestos a proceder en Ginebra a ese reparto...»

«Italia tiene necesidad, a causa de su creciente población y de su pujante vida económica, de desarrollarse allí. Etiopía es un país donde Italia introduciría el trabajo, la regeneración, la protección de vidas y bienes, la dignidad humana y la civilización en provecho de todos...»

En una palabra, Italia quiere expansionarse; dice que tiene excedente población dentro de sus fronteras; necesita materias primas baratas, colonias explotables y Abisinia está ahí, infinitamente débil, al alcance de la mano. La Italia fascista es más fuerte que Etiopía, como Japón está mejor armado que Manchuria. Todo lo demás era antes palabrerío estéril; ahora no es siquiera eso.

Lo mismo que el Japón penetra en China, sostenido en sus esfuerzos, para asegurarse allí un mercado y materias primas; lo mismo que hace Estados Unidos en la América latina, hace Italia hoy con respecto al viejo imperio negro, y lo hará Alemania mañana. Las grandes potencias necesitan repartirse, como colonias, el mundo de los países más débiles, estén esos países en Asia, en África, en América o en la misma Europa.

La guerra de 1914-1918 trajo consigo un desequilibrio en favor de unos Estados y contra otros; como la vida económica siguió creciendo sobre los privilegios, es decir, sobre la desigualdad, la vida política no se asentó sobre pilares de justicia. De ahí que el armamentismo, la preparación para la guerra haya seguido un ritmo creciente en todo el mundo desde 1919.

Hemos llegado ya al final del período preparatorio. Se está en condiciones de reiniciar entre las grandes potencias la lucha por la hegemonía imperialista. Antes eran las guerras balcánicas permanentes, las que anunciaban la proximidad de la catástrofe; ahora la anuncian las guerras coloniales. El estallido vendrá en cualquier momento. Mientras tanto, el destino de los pueblos más débiles seguirá siendo el mismo de todos los siglos: servir de alfombra para los Estados más fuertes. Con Ginebra, sin Ginebra, contra Ginebra...

IVAN

4000 millones más para cañones y gases asfixiantes pide el Estado mayor francés

Los políticos que gobiernan al pueblo de Francia nos han dado en estos días una nueva prueba de su capacidad de financieristas y de ecuanimidad burguesa al tratar los graves problemas económicos que afectan a ese país.

Para contrarrestar el déficit del presupuesto nacional, que alcanza a la suma de once mil millones de francos, el gobierno de Laval restringió las cuotas destinadas al pago de seguros sociales, montepíos, jubilaciones, ferrocarriles, todo lo cual afecta a los proletarios y a la clase media, hasta obtener un ahorro de unos tres mil millones de francos.

Pero, he aquí que estos tres mil millones robados a la economía de las clases necesitadas no vendrán a disminuir el déficit presupuestario, pues tan pronto los afectados por las restricciones aceptaron con resignación patriótica la disminución de sus pensiones, llega el Estado Mayor militar y notifica al gobierno que son necesarios nuevos gastos para la defensa nacional. Algo así como unos cuatro mil millones más que se invertirán en cañones y gases asfixiantes.

Posturas literarias

LA "ANTIORGANIZACIÓN"

No es la primera vez que el tabanillo de la antiorganización hace presa en gentes que daban la sensación de abrazarse en el fuego de los más acendrados fervores organizacionistas. Suele reproducirse ese fenómeno cuando los momentos son difíciles, cuando son más los deberes que los derechos, cuando el movimiento ha de luchar por la existencia contra la corriente hostil, cuando las cosas de la propaganda y de la lucha han de llevarse a pulso, con abnegación y sacrificio permanentes. Entonces el tabanillo antiorganizador hace el efecto de una puñalada trágica.

También sale a relucir esa florecencia stimeriana cuando se ha fracasado en el empeño de someter la organización al capricho personal, a los puntos de vista y a interpretaciones particulares. El amor de la víspera se convierte en el odio del día siguiente. La antiorganización es otro nombre del desapecho.

Pero, generalmente, el antiorganizacionismo es una pose literaria, una cuestión de retórica. Como si no hubiese asuntos de más trascendencia, se comience a cortar los cabellos en cuatro, a ergotear y a hacer, distinguir y a llenarse la cabeza de ábulas, y de disquisiciones metafísicas: por ejemplo, se dicen

composamente que la organización es detestable, que la asociación, en cambio, es excelente, y se discute, como entre los teólogos medievales, si es sagrado o no, el ratón que se comió una hostia.

La mayoría de las gentes no se detiene ante los nuevos apóstoles. Llaman al pan, pan, y al vino, vino y sabe por intuición que la unión hace la fuerza y que el hombre aislado es el más débil, contrariamente a los Zaratrutas y a los Stockmann del tinglado literario.

Y esa mayoría, despreciativamente denominada amorfa, estomacal, rebafego, que no entiende de sutilezas metafísicas ni ergotea en el vacío, es el motor y el eje de lo que llamamos el movimiento, la organización, las ideas.

A nosotros no nos produce ni frío ni calor el antiorganizacionismo que pueda surgir en algunos individuos del propio campo; son tormentas de verano, exhuberancias efímeras, pura pose literaria o despacho; nada entre dos platos; una humareda de fuego de paja, a veces también un trampolín desde el que se salta al otro lado de la barrera. Es un asunto que no tiene importancia y que no pesa con peso real. El anarquismo español tiene una trayectoria histórica demo-